

## PRÓLOGO.

---

No sin experimentar un sentimiento de temor respetuoso para con el público, y accediendo al mismo tiempo á los deseos de nuestros amigos, damos á luz nuestras Conferencias sobre el Progreso, y engrandecemos con nuestro auditorio el eco de una débil voz. El discurso escrito es recibido por lo general con cierta frialdad. La verdadera elocuencia es, como todos saben, la elocuencia que se habla; la verdadera palabra es la palabra viva. Muy pocos son los discursos que resisten á la prueba de la publicidad; así es que la tememos por estos que van á ser léidos. Las cuestiones de que tratan, son graves; y mejor que nadie sentimos nuestra incapacidad de elevar el discurso á la altura del asunto. Por otra parte, la palabra que constituye su fondo, despierta hoy día en las almas ecos tan diversos, que no podemos prometernos para nuestra publicacion una acogida de unánime simpatía.

¿Cómo pues, á pesar de todos estos motivos de des-

confianza, nos atrevemos á dirigir estos discursos á nuestros contemporáneos, y convidar al auditorio de la iglesia de Nuestra Señora la Francia entera? Una consideracion ha desvanecido de nuestro espíritu todas las objeciones que cada uno está en derecho de hacernos. Con razon ó sin ella se nos ha persuadido, que estos discursos podian ser provechosos á los hombres de este tiempo, y esto era precisamente dar á su publicacion la razon misma que les dió existencia. En cuanto á esto, lo confesarémos de buena gana: sea el que fuere su valor oratorio, ellos tienen este mérito á los ojos de los contemporáneos, de que nacieron de un gran deseo de hacerles bien. Si el lector sintiere todavía pasar algun soplo por esas palabras enfriadas, será sin duda alguna el del amor que las concibió, y el de la afeccion que las hizo nacer: y cuando en un discurso ó libro cualquiera se ha reconocido este soplo que abre los corazones para hacer entrar en ellos la verdad, se perdona voluntariamente la carencia de todo otro mérito. Al que demuestra amor, ya no se le pide talento; y lo que no puede aceptarse como una obra maestra, se le acoge como un beneficio.

Sobre el fondo y la forma de estas Conferencias poco tenemos que decir. Los unos quisieran en la catedral de Nuestra Señora una exposicion del dogma; otros una polémica contra el error, y otros por fin una lucha contra el vicio. Satisfacer los deseos de cada uno, tanto en el discurso como en la accion, ha sido siempre cosa muy difícil. Lo cierto es que estos tres objetos son excelentes, y pueden tratarse por separado; y en este caso, cada uno escoge aquel que le parece mas adecuado á las necesi-

dades del siglo y á su propia aptitud. En efecto, es manifiesto que estas tres maneras de elocuencia sagrada hallan su razon de existir en las necesidades que siempre existen en el seno de las generaciones: la ignorancia, el error y las pasiones no cesan de vivir en la humanidad, como lo ha hecho observar uno de mis ilustres predecesores, el R. P. Lacordaire. Puédense tambien tratar simultáneamente en la predicacion estos tres objetos: exponer el dogma, refutar el error, y atacar el vicio, dando á cada uno de estos tres elementos una mayor importancia segun la situacion relativa en que se halle el orador. Tal vez estos discursos sobre el Progreso podrian ponerse en esta categoría.

Como quiera que sea, no los presentamos al público como una expresion exacta de la predicacion cristiana tal como debe practicarse, aun en el siglo décimonono, en las asambleas ordinarias de los fieles. Estos discursos son hechos expresamente para el auditorio de la catedral; y están adaptados al objeto especial de esta predicacion, y á la posicion excepcional de aquel púlpito que tiene ya sus tradiciones venerables. Si no damos á estas Conferencias la fisonomía del sermón, tal como lo hicieron Bourdaloue y Bossuet, y un carácter de incomparable grandeza, es porque seguimos en este particular ejemplos ilustres: y si hay contra esta forma de discursos adoptada en la iglesia de Nuestra Señora razones que ignoramos, hay tambien á su favor autoridades que toda la Francia conoce. Los Frayssinous, los Ravignan y los Lacordaire son nombres que me tranquilizan en esta parte; y estos nombres célebres son una salvaguardia, y pudieran servirme de razones.

Pero las razones no faltan, por poco que se considere el origen y el objeto de aquel ilustre púlpito.

El púlpito de la catedral, tal como lo elevó el ilustrísimo Señor de Quelen y lo han sostenido sus dignos sucesores, es principalmente una apología del cristianismo en presencia de los hombres del siglo décimonono: él es un medio de aproximación y un punto de contacto entre el mundo cristiano y cierto mundo semipagano que vive siempre en medio del cristianismo; y él es como una frontera luminosa, donde muchos hombres de nuestro tiempo ven levantarse para ellos las primeras claridades de una religión que habían desconocido enteramente. El número creciente de los verdaderos cristianos que rodean aquel púlpito, no le quita la especialidad de su misión, puesto que ellos mismos tienen siempre necesidad de armarse y fortificarse contra los errores del siglo. Querer volver aquella predicación á las condiciones ordinarias de la exhortación ó de la instrucción parroquial con pretexto de imprimirle un carácter mas evangélico, sería á nuestro entender, no solo desconocer el objeto de aquel púlpito y el pensamiento de sus fundadores, sino tambien la misión providencial que Dios ha dado á aquellos que á él predestina. Allá va el predicador para hacer oír á los contemporáneos, en un lenguaje que no les sea desconocido, unas verdades que tal vez no irían á buscar al pié de otros púlpitos, donde se supone por lo comun, que la palabra sagrada domina ya en las almas. Apoyado siempre sobre un dogma inmutable, cambia sus puntos de defensa ó de ataque segun la estrategia del error con temporáneo; y hasta la forma de su discurso lleva reflejos de la fisonomía del siglo. Lo que acabamos

de decir es inútil discutirlo, pues se justifica por sí mismo. Toda palabra es buena, cuando puesta en su lugar, tiene un objeto legítimo y medios eficaces. Ahí está el criterio de la elocuencia de la catedral. Traerla á todas partes como un estilo nuevo en la cátedra cristiana, sería no tener sentido práctico, é ir contra el objeto mismo que nos proponemos.

A mas de esto no olvidemos, que la predicación de la catedral encierra dos apostolados que no hacen mas que uno, y son de aquí en adelante inseparables: el apostolado de las Conferencias, y el apostolado del Recogimiento ó ejercicios espirituales. El primero abre el camino al segundo; el segundo lleva á cabo el bien que ha comenzado el primero; y los dos se resumen y hacen patentes sus frutos en el sublime espectáculo de la comunión del día de Pascua.

Una parte de nuestros lectores hallará atrevido el pensamiento de dar en una cátedra cristiana tan grandes proporciones á la cuestión del Progreso. ¿Acaso no bastaba un discurso sobre este asunto, ó simples alusiones hechas de paso á esta gran preocupación del siglo? ¿Por qué hacer de la idea del Progreso el centro de tantos otros discursos? ¿Por qué una serie de Conferencias sobre un asunto inusitado en el púlpito, y sobre el cual parece á primera vista que el dogma católico nada ha definido con claridad? A esto podríamos responder: Porque la idea del Progreso está tomada á un mismo tiempo en el corazón del cristianismo y en el del siglo; y es la gran misión del apostolado católico poner lo que el primero tiene de mas íntimo, en presencia de lo que el segundo tiene de mas actual, á fin de atraer incesantemente el uno há-

cia el otro, tanto por el poder de la verdad, como por la fuerza atractiva de las necesidades. Por otra parte, la mision de un hombre no puede extenderse á mostrar por medio de la palabra el cristianismo entero. Dios da á cada uno una voz para hacer resonar mejor tal ó cual verdad; y el concierto universal, pero variado, de todas estas voces es el que hace en cada siglo el poder y la armonía de la predicacion cristiana. Considerar el cristianismo en el punto de vista del Progreso que este siglo adora, es una mision que tiene su valor; é iluminar con sus claridades divinas una idea tan popular en nuestros dias, sería un objeto muy grande para la vida de un solo hombre. Esta mision es tanto mas grave, cuanto prevalece, aun hoy dia en el mundo sabio y letrado, no sé qué preocupacion inveterada que condena el cristianismo y el Progreso á un antagonismo irremediable; preocupacion tan fuerte que no se ha tenido reparo en declarar imposible una predicacion sobre el Progreso en una cátedra cristiana.

Cualesquiera que sean los motivos que autorizan esta predicacion sobre el Progreso considerado en el punto de vista cristiano, Dios me ha impelido á ella. El espíritu sopla adonde quiere: yo he creido sentir hácia este asunto un impulso mas fuerte que el consejo de los hombres; y, lo diré con la sencillez de mi alma, he creido responder á un llamamiento de Dios. Me parece que Jesucristo me ha dicho en el silencio esta fuerte palabra que dió á los apóstoles, al mismo tiempo que la mision, el valor y la eficacia: *Ite, id; ve á decir á esos hombres apasionados por el Progreso, que yo soy el Progreso.*

Obedeciendo á Jesucristo, me esfuerzo en cumplir, en

un apostolado que viene de él, lo que él mismo practicó en la mision que recibió de su Padre: « *Non quæro « gloriam meam, sed ejus qui misit me.* Yo no busco « mi gloria, sino la gloria de aquel que me ha enviado. » Muera la palabra sobre mis labios, si debiera tener ella un solo acento que no fuese para Jesucristo. Vuelva esta predicacion á confusion mia, con tal que contribuya á la glorificacion de mi maestro. Si por este apostolado, algo de esa gloria que nuestro siglo dispensa al Progreso, sube otra vez á Jesucristo para embellecer aquella divina aureola, adonde deben venir á resplandecer de siglo en siglo todas las glorias; si Jesucristo, mejor conocido en el nuevo punto de vista en que se coloca el siglo para mirarle, atrae por este poderoso embeleso los hombres de este tiempo á la adoracion y al amor de sí mismo; si solo un poco de gloria sube á Jesucristo, y si por mis débiles esfuerzos descende la salud sobre algunas almas, habré logrado mi intento y seré bastante recompensado.

En el presentimiento involuntario de que esta publicacion no será infructuosa para todos, pongo de antemano á los piés de Jesucristo toda la dicha que me viene de esta esperanza. Para animarme á una empresa, en la que parece que deberia detenerme mi incapacidad, me digo á mí mismo: Muchos hombres verán en el fondo de estos discursos la ambicion de mi alma: tal vez entrarán en deseos de mejorar su vida; y perfeccionándose á sí mismos, trabajar por el Progreso del mundo y la felicidad de los hombres por el reinado de Jesucristo Nuestro Señor. ¡Ojalá así sea! Todo para la felicidad de mis hermanos y el Progreso de la humanidad por el reino

siempre creciente de Jesucristo : esta es la pasión de mi corazón, este es el ensueño de mi vida, esta es la divisa de este apostolado : «Crecamos de todas maneras en el Cristo nuestro jefe : *Crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus.* »

Roma, 3 de Diciembre de 1857, fiesta de san Francisco Javier.

## CONFERENCIA PRIMERA.

### DISCURSO PRELIMINAR.

#### LA CUESTION DEL PROGRESO.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR !.

Cuando ciertas palabras, que resumen en sí las tendencias generales y las aspiraciones profundas de un siglo, llegan á hacer gran ruido en las sociedades, y crearse un imperio universal sobre las almas; es tal su poder, que traen consigo prosperidades ó desastres, segun sean interpretadas por la verdad ó el error, y expresen el sentido de Dios ó el sentido del hombre. Las naciones están en expectacion, cuando oyen pasar esas voces que conmueven á las nuevas generaciones, causándoles estremecimientos desconocidos; y esperan ó tiemblan, aguardan la vida ó la muerte, segun el sentido que se dé á aquellas palabras, que parece llevan consigo el destino del mundo.

En tales ocasiones, el apostolado católico, que se conmueve siempre al ver las necesidades y los peligros de esta humanidad que tiene el encargo de salvar, se preocupa tambien él al oír semejantes palabras, que se han hecho, para los pueblos que las escuchan, señales de esperanza ó amenazas de ruina. Mostrando á las generaciones presentes la parte de su doctrina que corresponde al momento en que Dios le envía, dice el sentido divino de aquellas palabras que tienen en agitacion á los hombres, para hacer salir de ellas, con el oráculo de la verdad, la salud de la sociedad entera; y la humanidad, libre otra vez de los peligros con que la amenazaban rumores llenos de tempestades, aplaude á esta voz libertadora que con el poder de su doctrina la está sal-

1. Monseñor Sibour, arzobispo de Paris.